

\* \* \* **CURSILLO PEDAGÓGICO DE 1926** \* \* \*

---

**LA MAESTRA, FIGURA SÍMBOLO  
DE LA RELACIÓN ENTRE ESCUELA Y HOGAR**

POR

**DOÑA ÁFRICA RAMÍREZ DE ARELLANO**  
MAESTRA NACIONAL



1926

**IMPRENTA PROVINCIAL  
LEÓN**

T. 1138341 C. 21349376

**\*\*\* CURSILLO PEDAGÓGICO DE 1926 \*\*\***

---

# **LA MAESTRA, FIGURA SÍMBOLO DE LA RELACIÓN ENTRE ESCUELA Y HOGAR**

POR

**DOÑA ÁFRICA RAMÍREZ DE ARELLANO**

MAESTRA NACIONAL



. . . 1926 . . .

IMPRENTA PROVINCIAL  
LEÓN

Reciba Sr. Penitenciaro, este modesto  
trabajo como prueba eficiente de eterno  
y sincero agradecimiento.

La Autora:

4

Y antes de empezar quiero hacer público tributo de gratitud a la ilustre Directora de la Normal de Va-

Mi digno Jefe, el Inspector de Álava, al empezar ayer su bien orientado trabajo, quiso preparar vuestro ánimo para que recibieráis el mío, haciendo de mi persona elogios que no merezco, aunque agradezco en el alma. Y al hacerme a mí el favor de sus palabras, os ha puesto a vosotros en trance de ver defraudadas las esperanzas que en mi modesta actuación hubieráis puesto. Lo mejor que traigo de Álava, es la más entusiasta adhesión de su Magisterio a éstos actos y el más cariñoso saludo de sus maestros a todos los hermanos aquí congregados.

Y antes de empezar, quiero hacer público tributo de gratitud a la ilustre Directora de la Normal de Valladolid, mi antigua y querida Profesora, que, sacrificando sagrados intereses familiares, quiere honrar a la más insignificante de sus discípulas, asistiendo a este acto. En ella rindo homenaje de agradecimiento a aquella Escuela querida, a la que debo mi formación profesional, mi vocación y mis entusiasmos por la misión del Magisterio.

---

---

---

**:: CURSILLO PEDAGÓGICO DE 1926 ::**

---

---

**LA MAESTRA,  
FIGURA SÍMBOLO DE LA RELACIÓN  
ENTRE ESCUELA Y HOGAR**

---

Sólo por una benevolencia de las que caracterizan a D. José M.<sup>a</sup> Vicente, ilustre organizador de este Cursillo, tengo la honra de tomar parte activa en él, dirigiendo la palabra a dignísimas autoridades y estimados compañeros, que son, por Dios, merecedores de mejor suerte que la que tienen oyéndome a mí; pero a los que yo, por adelantado, pido disculpa; y sean parte a eximirme de la pena a que me condenen, de un lado, el imperativo ineludible que me impulsa a obrar; y de otro, que si no apporto, con mi trabajo, ni un grano de arena en contribución a la magna obra que de estos actos puede surgir, más será por sobra de incompetencia que por falta de voluntad. La mía, para las cosas que a

la escuela se refieren y con la enseñanza se relacionan, es muy grande.

Y siendo mujer y maestra, ¿de qué cosa mejor y que más me atañe podría hablaros, que de la misión de la maestra, cuando por serlo más se agudizan sus caracteres de mujer?

Quiero, pues, hablaros de la misión de la mujer-maestra como lazo que une la Escuela con la casa; es decir, cuando sin olvidarse de sus tareas de instructora, la mujer-maestra extiende su acción fuera de la Escuela y adelanta sus brazos para tomar los de la mujer-madre, y formando ambas una cadena sin fin, consiguen que la Escuela y el Hogar caminen juntos, se apoyen y compenetren al realizar la trascendental empresa de la educación del niño.

Tan interesante poema es digno de mejor cantor; para él, y en honra y provecho del culto auditorio, quisiera la pluma de Cervantes o el verbo castelano; suplan su falta absoluta el interés del tema y la benevolencia de los oyentes, y entro en materia haciendo algunas consideraciones acerca de la

### **Importancia de la misión educadora**

Todos los hombres de todos los tiempos han reconocido cuán y cuál es el poder de la educación, y por ende, la importancia de la



misión de los que de extenderla se preocupan.

Alfonso X, en uno de los capítulos de sus Siete Partidas, dice que educar es uno de los mejores hechos que un hombre puede hacer a otro. Ya vemos aquí elevado el concepto de la educación a su más alto grado, en el cual se presupone un fin que no tiene la limitación terrena, sino la no limitación de lo infinito.

Y al recomendar que sean los padres los que eduquen a sus hijos, porque la naturaleza lo impone, el cariño lo pide y el derecho lo exige, quiere que la educación sea obra de amor que más ate y mejor anude los lazos que la sangre establece y el mutuo beneficio consolida.

Esto lo dicta un legislador de la calumniada Edad Media, que sabía a las madres ignorantes y a los padres guerreros, que conocía la brutalidad de éstos y la estulticia de aquéllas; y sin embargo, espera que el instinto y el amor obren de consuno para enderezar la pequeña alma infantil del modo más recto y más sano, del modo más seguro y más santo.

Tener que educar supone *saber educar* y *poder educar*, y en este *saber y poder* se encierran varios factores: capacidad física, integrada por la higiene—virtud del cuerpo—, por la fuerza y por la salud, cualidades que han de pasar al educando por fatal e inexora-

ble ley de herencia; cultura en el educador, que nadie puede dar lo que no tiene, y virtud de bondad, fortaleza de carácter, para que las transmita como rasgos enérgicos, pinceladas de luz con que el artista corona y remata su obra maestra.

Desgraciadamente no están siempre los padres en condiciones de saber y poder educar. De esta falta de aptitud ha nacido nuestra profesión; somos los sustitutos de los padres, para dar a sus hijos una vida—vida del espíritu—que ellos no les pudieron o no les supieron dar. De ahí nace la importancia de nuestra obra; el maestro más humilde, el menos capacitado, puede siempre decir con orgullo:

¡Padres: yo completé vuestra obra; yo abrí los ojos de su inteligencia y tracé los linderos de su voluntad, y puse en contacto con la vida a eser sér que no tiene vuestro más que la materia, porque yo forjé su espíritu, yo iluminé su alma!

Porque—permitidme que lo diga—ponemos los maestros tal intensidad de afecto, tal fuerza de interés, tal deseo de perfeccionamiento, cuando nos encariñamos con nuestra obra, que, más que desenvolver inteligencias, más que modelar caracteres, nos parece que creamos, y al crear nos sentimos dioses, porque seguimos las divinas huellas del Supremo Hacedor de todas las cosas.

Tal y tamaña grandeza concedo yo a nuestra labor: la de crear. Labor de dioses y labor de artistas; inspiración y destreza; inteligencia y corazón; verbo y acción: *ex-abundantia cordis, ex-abundantia oris*, que comentó Xenius en una de sus glosas.

En el siglo XIII, ya el maestro — se dice — debía ser respetado, y el que le *ficiere mal* en su persona o en sus bienes, debía ser *escarmentado cruamente como home que quebranta nuestra tregua e nuestra seguranza*.

¡Quebrantar nuestra tregua! ¡Romper nuestra seguridad! ¡Maravillosos conceptos que encierran todo el valor de la obra educadora! Educar es hacer la paz; educación es tregua entre dos combates sostenidos por el cuerpo que se arrastra y el pensamiento que se eleva: educar es equilibrar fuerzas, es asegurar la tranquilidad futura... Y el que labora con la bandera blanca de la paz, enarbolada en su mástil, debe tener el respeto de las gentes, la consideración de los pueblos.

### **La función de la mujer-maestra**

La labor del maestro... aclarar, facilitar, ayudar... El maestro es el intermediario situado entre el aprendiz y el objeto del aprendizaje; es el destinado a quitar las espinas y presentar las rosas; es el preparador del alimento, haciéndolo digerible y saludable; y...

¿no notáis que esta labor es maternal? ¿No veis que esta misión tiene mucho de femenina?

Perdonad, dignísimos compañeros que os sentís capaces de todas las ternuras, perdonad si digo que la primera enseñanza debiera estar toda en manos de la mujer.

No quiero plantear aquí un problema de feminismo; quiero hacer resaltar una de las aptitudes de la femineidad.

Stuard Mill, en su libro «La esclavitud femenina», al proclamar los derechos de la mujer equiparados a los del hombre, se apoya en una base falsa: la existencia de esa esclavitud. Yo quiero creer que no hay tal: la desigualdad existente no se funda en una razón, sino en un sentimiento producido por la tradición y la costumbre. El uso y no la natura es lo que ha determinado la sumisión de la mujer al hombre. No hay entre ellos diferencias *cuantitativas*; sus valoraciones no están regidas por el más y el menos, pero sí están regidas por el *modo*, es su *calidad* lo que difiere. Y al suponer en la mujer menos inteligencia porque no *produce*, y esta no producción la fundan en su falta de verdad y de justicia, Stuard Mill afirma que la verdad no se sabe y que la justicia es injusta y engendra sus semejantes: la mujer nace en ambiente de desigualdad y de injusticia, es imposible que sea ella justa y ecuánime.

Hasta aquí la opinión del gran filósofo; pero yo no la comparto en su totalidad; a diferentes capacidades, distintas orientaciones; el hombre es fuerza, energía, ideación; la mujer es delicadeza, dulzura, realización; el hombre es inteligencia, la mujer es corazón; si la obra educadora ha de ser filigrana de amor y espuma exquisita de sentimientos, en la mujer debe estar el primoroso tejido de la vida en su primera edad.

«La educación de las hijas... más pertenece a la madre», dice el sabio legislador medioeval; y el gran pedagogo del Renacimiento, Luis Vives, quiere también que a la mujer la eduque otra mujer, y mejor su madre que otra mujer extraña; y añade que la educadora debe tener estas condiciones: «en años, anciana; en vida, muy limpia; en fama, estimada; en seso, reposada, y en doctrina, muy hábil».

¿Y qué mujer que sea madre y que quiera cumplir como tal su sagrada misión, no reúne en sí esas condiciones, adquiriendo las que le falten y exaltando las que tiene, para hacer desbordar en el pequeño corazón que modela, las limpias y claras fuentes de honradez, de juicio, de saber, en su alma contenidas?

Tal y tan grande juzgamos que es la importancia de la función maternal, que creemos poder asegurar que si muchas madres sospe-

charan la trascendencia que implica serlo, o pensarían en educarse primero, o renunciarían a tener hijos por ser ineptas para formarlos.

¿Cómo, pues, equiparar esta labor, a la vez firme y suave, con la que el hombre realiza en el hogar? Jenofonte, en su diálogo *Oeconomicus*, resume el resultado de la misión femenina, en la familia, diciendo a la mujer estas gentiles palabras:

«El más dulce de tus goces será cuando llegando a ser tú más perfecta que yo, hagas de mí uno de tus criados; cuando lejos de creer que la edad aleja de ti la consideración, sientas, al contrario, que, cuanto más te muestres buena ama de casa, guardiana vigilante de nuestros hijos, más fácilmente veas, con los años, aumentar los respetos de toda la casa. Porque no es la belleza la que da derecho a la estima y al respeto, son las virtudes».

Y esta misión maternal, haciendo que la Escuela no sea más que una continuación del Hogar, logrando que madre y educadora sean una sola cosa, nadie puede realizarla mejor que la mujer-maestra.

La Escuela, para ésta, es su casa; los niños son sus hijos; sustituye a la madre; sigue paso a paso el desenvolvimiento de la inteligencia infantil; sus consejos son guía de su conducta; su saber, su querer y su poder constituyen su apoyo intelectual, moral y físi-

co, y tal identificación consigue con sus discípulos, que entonces, puede decirse es cuando la Escuela hace labor social, entonces es cuando la maestra-madre ejerce las más altas funciones de su sagrada misión.

Y para hacer agradable la vida de los *suyos*, tan suyos, que en ellos pone lo mejor de su alma, la Maestra pide locales abiertos a la riente campiña, con mucha luz, mucho aire, mucho sol, que hagan brotar la alegría, la sana alegría hija de la salud completa y del deber cumplido, y madre engendradora de todas las grandes ideas, de todos los altos sentimientos, de todas las rectas voliciones.

Porque, queremos creer que el caso de Cervantes, produciendo «el mejor libro del mundo», en el lugar triste y desapacible, «donde toda incomodidad tiene su asiento», es caso único que no puede repetirse en la Historia. Y aun así, el mejor libro del mundo es—ya lo dice su autor—engendro de un cerebro débil, torturado por la angustia de la triste celda en que yacía prisionero.

Y es para ella, para la Maestra, un elemento tan insustituible, un auxilio tan necesario la alegría en la Escuela, que lo considera el medio único en que puede desenvolverse la vida escolar, porque este medio que produce una atmósfera sana, que da vida a lo que en ella vive, rige su conducta y es una de las principales determinantes de su carácter, y

por ende, de su labor, y es a la vez causa fundamental del *cómo* del trabajo del niño hecho bajo los auspicios optimistas de una luz alegre, de un aire puro y de un campo teñido con el suave verdor de la esperanza.

Por algo Victorino de Feltre, el «padre de todo el humanismo», en una afirmación muy renacentista, fundó en el siglo xv un establecimiento pedagógico en que alternaba el estudio de los clásicos con los juegos al aire libre y al que dió el sonoro nombre de «La casa de la alegría».

\* \* \*

La Escuela, una continuación del Hogar... Hogar y Escuela, colaborando movidos por un mismo sagrado interés... Ilusión que se forja en la mente de toda Maestra *que empieza* y que sufre los choques de una realidad desoladora...

Dos mujeres, que por serlo se sienten madres, una movida por la voz de la sangre, y llevada otra por su instinto femenino unido a su vocación profesional, persiguen un mismo fin; dar al niño el mayor bien, la mayor felicidad posibles. ¿Qué no conseguirían estas dos mujeres, si su labor fuera conjunta y sus procedimientos paralelos? Porque, señores, desgraciadamente pueden señalarse dos fases en la obra educativa de Escuela y Hogar;



una la que es: la casa destructora de la obra de la Escuela; otra la que debía ser: la casa colaborando a la obra escolar.

En la mayor parte de los casos, los padres, por lo menos en lo que a nuestras escuelas públicas se refiere, no se preocupan ni de conocer siquiera a la Maestra a quien van a entregar sus hijos; no tienen interés por saber cómo es ese Maestro que va a modelar el alma de ese trozo de su carne, y, lo que jamás harían, confiar un objeto de valor a una persona desconocida, hacen con sus hijos—se han dado casos—enviando a una niña de seis años, sola, con su papeleta de admisión en la mano, a presentarse e ingresar en la Escuela a que había sido destinada.

¡Cruel indolencia que sólo la voluntad firme y decidida de una Maestra pletórica de entusiasmos y llena de fe en el porvenir puede vencer!

La Escuela nacional no interesa a los padres. ¿Porque no sabemos hacerla interesante? ¿Porque no *cuesta* dinero a los que asisten a ella y no se aprecia lo que no *vale* algo? No lo sé; pero la triste realidad dice que Casa y Escuela caminan divergentes en el proceso de la educación.

Y en tanto que así ocurra, no nos hagamos ilusiones; la influencia de la labor escolar no traspasará los límites del recinto de la Escuela; porque, acudiendo a gráfico feliz de ilus-

tre profesor español, vemos que la vida del niño durante un año, al representarla por un círculo se divide en tres sectores: uno de ellos de 137° corresponde al descanso; otro de 178° pertenece a la vida en familia, y otro, de 45° nada más es el que vive en la Escuela; ¡menos de la cuarta parte de su día es lo que el niño dedica a oírnos, a vivir nuestra vida de trabajo, de paz, de unión espiritual!

Y ¿pretendemos que nuestra labor sola, aislada, consiga el imposible de hacerse trascendente, de perdurar a través de los agentes exteriores, ajenos a ella y a veces contrarios? No; no debemos intentar semejante arriesgada empresa. Ya que la montaña no viene a nosotros, iremos nosotros a la montaña. Si nos encastillamos en nuestra torre de marfil, atentos sólo a nuestra vida interior, a la vida de nuestro hogar, que es la Escuela, despreciando las influencias externas, atrincherándonos en un orgullo mal entendido, no hemos comprendido nuestra misión. El orgullo es frío, y la misión del maestro exige sacrificios de vestales mantenedoras del fuego sagrado: hogar sin calor, es hogar destruído.

Por eso la Maestra, que, como mujer, tiene artes diplomáticas innegables, sabe, debe saber realizar esa unión de Escuela y Hogar. Su discrección le marcará las ocasiones en que su presencia, en el de sus discípulos, puede ser oportuna y hasta necesaria; sabrá

atraer a la Escuela a personas capacitadas que en amena charla sostengan la atención de esos padres distraídos que se olvidan del camino de lugar tan santo; sabrá obtener de las autoridades y de los particulares, medios económicos con qué poder *dar* — ¡terrible y abrumadora realidad! — sólo el *recibir* lleva las familias a la Escuela! — ; y sabrá — y esto es lo más importante — educar a sus alumnas fomentando en ellas un cariño a la Escuela que perdure a través de los años, para que luego, madres ellas, al traer a sus hijos, unan su labor a la de la maestra, haciéndoles sentir un amor al trabajo y un sentimiento de orden y economía tales, que, por bien administrar su casa, no tengan que experimentar el desconsuelo desolador de enviar a sus hijos a las Cantinas escolares, maravillosa institución-medio, no fin, ocasional, pero no duradera, porque su acción es demoledora del Hogar y destructora de la unión de la familia, y la Escuela debe tender a fomentar ambas cosas.

\* \* \*

Y para que esta ardua empresa pueda acometerla una maestra, no necesita más que *voluntad*; *queriendo* tendrá tacto para tratar, recursos con que ayudarse, palabras con que endulzar, consejos con que influir... y será necesaria en la Escuela y en la Familia,

madre en la clase y maestra en la casa; el edificio social que ella levante, será firme y perdurable porque se apoya en los cimientos que el amor ahonda y lo defienden muros que el sacrificio levanta.

Y esto lo puede hacer, lo hace ya, sobre todo, la maestra rural. ¡Oh, Maestros rurales, escondidos héroes e ignotos mártires que lucháis con un medio hostil a vuestra cultura y enemigo de toda innovación! ¡Maestra de pueblo que ves desmoronarse el castillo de tus ilusiones al saberte incomprendida! En tus manos está el preparar el camino de regeneración; tú sufres y calla; de tus fracasos saca fuerzas para nuevos intentos; tú sabes que serás la redentora, para que las que te sucedan sean redimidas; echa tú la semilla de cultura, de amor y de comprensión... Por ti, tu pueblo será grande, grande con grandeza de ideales, grande con grandeza de sentimientos. Las miserias que ahora te vejan y deprimen, se tornarán, por tu labor, para las que te sigan, en honores y consideraciones; tú educas la raza en el amor a la Escuela; quizás has conseguido ya que ésta sea una familia más, un hogar caliente con los *carboncitos* que de cada casa te envían los padres. Tú lograrás que éstos vean en ti una salvaguardia de su tranquilidad; la labor que tú hagas en la Escuela, la proseguirán en casa... Tu voz será guía, porque es consuelo: tu deseo

será orden, porque es razón. Pero razón dictada por una mente que, como la del Seráfico de Asís, estaba llena de su corazón. Por eso fué santo: porque pensó siempre con el corazón, con aquel corazón encendido en ardiente caridad hacia todas las cosas; caridad por la que llamó hermana a la cristalina fuente y hermano al hambriento lobo...

\* \* \*

Vosotras, Maestras rurales, que lleváis el peso del porvenir de España sobre vuestros hombros, tenéis que pedir, tenéis derecho a exigir que no os aislen en vuestro Calvario; tenéis que saber que, en su penosa subida, contáis con el apoyo moral y material de autoridades y compañeros; tenéis que tener el consuelo de ver que, a la consumación del sacrificio de vuestras energías y a la agonía de vuestras ilusiones, os acompaña el sentimiento de admiración de los que saben de vuestra obra...

Vosotras tenéis que pedir que, a vuestra abnegación en aras del bien de la Patria, responda la Patria con un otro sacrificio; escuelas, muchas escuelas y maestros que las dirijan; y que sea una realidad la asistencia obligatoria a ellas. Porque, mujeres al fin, en todo momento previsoras, sabéis que los gastos de ahora supondrían un ahorro después. Ahorro en la enseñanza de adultos;

acabaría de una vez el analfabetismo, pero no sólo el de no saber leer y escribir, sino el que supone, aun sabiendo esto, el tener la inteligencia cerrada a toda idea alta y noble, grande y sana.

Pedid también medios económicos para que la Escuela pueda *dar*; dar hoy, asegura el recibir mañana. La niña que no asiste a la Escuela porque sus padres precisan su mísero jornal, aprenderá, si lo recibe por asistir, a enviar a sus hijos sin que les den nada, porque ya no lo necesitan; porque su madre ha sabido aprender la ciencia de la vida en un ambiente rodeado de todas las ideas-cumbres; porque sabe que el tiempo de la Escuela es poco y hay que aprovecharle; que niñez y juventud pasan, como la felicidad, sólo una vez por nuestro lado.

Pedid, por último, que vuestra misión se vea rodeada de todos los prestigios, de todos los honores; que si personalmente los maestros no somos *nadie*, por serlo, tenemos que sentir un sano orgullo; honrar a un maestro es honrar a Aquel que quiso ser conocido por tal nombre; el que nos enseñó a sentir, con el alma abierta a todas las ternuras, el dulce mandato de «Dejad que los niños se acerquen a mí».

\* \* \*

Oswald Spengler, en su discutido libro «La caída de Occidente», propone una espe-

cial visión de la Historia. Para él toda civilización tiene períodos de nacimiento, plenitud, decadencia y muerte. Según él, la nuestra decae, y tras esta etapa vendrá la decrepitud caracterizada por un pálido y triste infantilismo.

¡Pesimismo fatal, que da al traste con todas las esperanzas! Los maestros no queremos creer en ti. Nuestra civilización no puede morir, porque constantemente se renueva; el espíritu tradicional no está sujeto a los plazos fatales del tiempo; el organismo envejece, pero no el espíritu. Una generación baja a la tumba y lega a la posteridad una luz inextinguible que la vivifica.

Por eso somos optimistas, sintiendo con Wells en su obra «La llama inmortal», bella como un poema e interesante como una novela... Mantengamos en nosotros la llama inmortal de un ideal acrecentador de fuerzas y creador de nuevas energías. La misión del Magisterio, desalentadora, ingrata, olvidada, oscura, es la que más necesita de ideales que la impulsen, de inspiraciones que la muevan.

\* \* \*

Ya termino.

La meseta castellana yace postrada en silencioso sopor... ¿Sueño? ¿Cansancio? ¿Agotamiento? No sé; quizás reposo nada más. Fué *todo* y puede ser *todo*. A nosotros, los maes-

tros que nacimos al calor de este sol calcinador, y que pusimos nuestras miras en horizontes infinitos como las perspectivas de estas tierras llanas, a nosotros, digo, nos corresponde ser el clarín despertador del sueño, la voz evocadora que deshaga el encanto en que la maga de la apatía sumió a este suelo querido...

De vosotros, los que trabajáis en el cultivo de la inteligencia infantil castellana; de vosotras, Maestras sembradoras del bien y de la virtud, que ponéis en los surcos de los tiernos corazones de esta tierra santa semilla... De vosotros, Maestros del llano y de la montaña, castellanos viejos y viejos castellanos que os adornáis con cualidades de hidalguía, peculiares de esta raza, de vosotros lo esperamos todo.

Simbólico es que el primer paso, dado por esta cruzada en pro de la cultura y a favor de la Escuela, haya sido en la vieja ciudad de los Quiñones y Guzmanes. El fiero león del escudo nacional, sacude su melena y con su poderosa zarpa arranca del corazón de la Madre Patria, de la región austera que de las márgenes del Sil a las cumbres del Guadarrama extiende sus ricos trigales, sus pinares oscuros y sus verdes viñedos, el sello de inacción, de negligencia, de desidia...

Castilla despierta al rugir del león. Sus rugidos son hambre de cultura, sed de trabajo;



los cachorros de esta fiera que en vuestras manos moldeáis, Maestros leoneses, serán, porque así lo queréis, los resurgidores de una raza, dura como su tierra, firme como sus montañas, pura como su cielo y noble como su historia.

El recio temple del alma de la meseta, volverá a ser, por vosotros, lo que fué: ascético y santo, con Teresa de Cepeda; sabio y culto, con Isidoro de Sevilla; abnegado y heroico, con Guzmán de Tarifa.

Castilla, que «así hace sus hombres y los gasta», reanudará su ruta gloriosa después de su descanso; y llegará, puesta su juventud en manos de un Magisterio sacrificado, trabajador y virtuoso, a ser más de lo que fué, Castilla, madre de España en un tiempo, olvidada después por vieja y despreciada por pobre; renovada ahora por la joven savia de la nueva educación, será otra vez grande, otra vez fuerte, otra vez *madre* de esta patria de nuestros amores.

---





